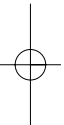




## Capítulo 1

# La Edad Media de Jacques Le Goff<sup>1</sup>



L'HISTOIRE: Usted ha contribuido al conocimiento, a una percepción diferente, sobre todo en lo que respecta a lo que pudo haber sido la vida de los hombres de la Edad Media, sus creencias, sus costumbres, sus representaciones del Más Allá e incluso sus sueños... Una empresa inmensa, si tenemos en cuenta que, en los manuales, la Edad Media abarca desde el siglo V al siglo XV, es decir, unos diez siglos de historia europea. Pero, precisamente, ¿le satisface esta definición clásica? ¿Qué es para usted la Edad Media?

JACQUES LE GOFF: Ante todo, un período al que los humanistas atribuyeron ese nombre a partir del siglo XIV; Petrarca fue probablemente el primero que utilizó esa expresión, que ha sobrevivido hasta nuestros días, «medium tempus» o «media tempora». Se trataba de definir algo que había tocado a su fin.

Los hombres pertenecientes a lo que conocemos como Renacimiento tenían la impresión de que la Edad Media era un oscuro período intermedio entre la Antigüedad y su presente, donde reaparecía el culto a las letras y el arte. Edad Media: en su espíritu era una expresión despectiva.

Esta «devaluación» de la Edad Media se reforzó en el siglo XVIII; los ilustrados añadieron a sus quejas contra este período el hecho de que en él reinaba el oscurantismo religioso e intelectual. El más virulento es

1. Este artículo fue publicado en *L'Histoire*, n° 236, octubre de 1999, págs. 80-86.



Voltaire: «Europa entera se pudrió en ese envilecimiento hasta el siglo XVI». Y también: «Es el último grado de una barbarie brutal y absurda para mantener, mediante delatores y verdugos, la religión de un dios que los verdugos hicieron morir».

Concluye Voltaire: «La comparación de estos siglos con el nuestro (pese a ciertas perversidades y desgracias que en él podemos encontrar) ha de hacernos sentir nuestra fortuna». El dramaturgo alemán Lessing marca un hito: «¡Que se haga la noche de la Edad Media! ¡Pero noche resplandeciente de estrellas!».<sup>2</sup>

No obstante, habrá que esperar al romanticismo para que la Edad Media sea rehabilitada. Con exceso, por otra parte. Chateaubriand, en el *Genio del cristianismo*, convierte las tinieblas góticas en misterios sagrados: «Todo vuelve a trazar los laberintos de las leyes en la iglesia gótica, propiciando el horror religioso, los misterios de la divinidad».

Pero el gran cambio de actitud lo impuso Victor Hugo, que ya en las *Orientales* definió la Edad Media como «mar de poesía». Con Notre-Dame, el París de 1830, sin embargo «tan admirable», es eclipsado por el «perfil gótico» del París del siglo XV. La fascinación culmina a propósito de la catedral, «especie de creación humana [...] poderosa y fecunda como la creación divina, de la que parece haber usurpado el doble carácter: variedad, eternidad».

Balzac también se sintió atraído por el encanto medieval. En *Splendeurs et misères des courtisanes*, Lucien de Rubempré, recluso en la Conciergerie y a punto de suicidarse, se conmueve ante la belleza del palacio medieval donde se encuentra: «Lucien contempló el palacio en toda su belleza primitiva. [...] La residencia de san Luis se le aparecía tal como fue, y admiraba las proporciones babilónicas y las fuentes orientales. Aceptó esta visión sublime como un poético adiós de la creación civilizada». Así, el día antes de suicidarse, gozó de este «paseo en la Edad Media».

L'HISTOIRE: Así pues, se pasó de considerarla una edad de las tinieblas a una verdadera edad de oro...

JACQUES LE GOFF: Sí, también es algo extravagante. Creo que lo que tratamos de aprehender como la verdadera Edad Media es, a un tiempo, una edad de tinieblas y una edad de oro. Añadamos —para acabar con el siglo XIX— que lo que hemos heredado de él es la delimitación de la

2. Citas extraídas de Christian Amalvi, *Le Goût du Moyen Âge*, París, Plon, 1996.

Edad Media, que se extendería desde la descomposición del Imperio romano y del mundo antiguo, en el siglo V, hasta el triunfo del humanismo, a finales del siglo XV: ¡un monstruo cronológico!

L'HISTOIRE: ¿Es un período excesivamente largo?

JACQUES LE GOFF: Muy largo o no lo bastante. El Renacimiento no supone la ruptura absoluta, decisiva, que quiso ser: existe una larga Edad Media que se extendió hasta el fin del siglo XVIII. ¡Se puede decir que este período concluyó con la Revolución francesa y la Revolución industrial!

L'HISTOIRE: Volvamos por un momento a los «comentaristas» de la Edad Media. Usted ha citado a Voltaire. ¿La filosofía ilustrada ha sido la más profunda y radicalmente antimediieval?

JACQUES LE GOFF: Es muy antimediieval; en este sentido, es la que ha ido más lejos. Siempre me ha sorprendido un prefacio de Leibniz, escrito a principio del XVIII, para la edición de una enciclopedia que data de los albores del siglo XIII. Leibniz, bibliotecario del duque de Brunswick, encontró este manuscrito en Wolfenbüttel, dedicado al emperador Otón IV, derrotado en Bouvines. Para presentar el texto, escribe: «Se preguntarán por qué edito este manuscrito, que es una auténtica mierda».

L'HISTOIRE: ¿Lo dijo en latín?

JACQUES LE GOFF: En latín, sí, emplea la palabra *stercus*, estiércol. Esto señala hasta qué punto de grosería cayó el denominado siglo de las Luces; el texto en cuestión, de Gervais de Tilbury, es sorprendente y muy moderno, ya que nos explica, en el siglo XIII, que no hay que considerar lo que se conoce como «maravillas» (en su mayoría excepciones, particularidades, prodigios geográficos) como cosas sobrenaturales y milagrosas.<sup>3</sup>

Gervais de Tilbury nos dice que lo extraño, y aun lo excepcional, no se encuentra menos sometido al orden de la razón, que es explicable: su texto revela un pensamiento verdaderamente científico, un esfuerzo por desacralizar la percepción de la naturaleza. En este sentido es, por otra parte, un precursor de Leibniz; ¿acaso por ello éste se ensaña con él?

3. Sobre Gervais de Tilbury, véase Annie Duchesne, «Les merveilles du royaume d'Arles», *L'Histoire*, n° 169, págs. 86-93.

L'HISTOIRE: En la actualidad numerosos medievalistas hablan, y esto nos recuerda a Gervais de Tilbury, de un esfuerzo realizado a partir de la Edad Media para liberar a la filosofía del peso de la teología, de las «Luces» del siglo XII... En el decurso de la dilatada Edad Media, ¿hubo períodos más breves, marcados por la decadencia o el «renacimiento»?

JACQUES LE GOFF: Ante todo, puede decirse que hubo un renacimiento carolingio. Este renacimiento político que desembocó en la resurrección de un imperio en Occidente (con Carlomagno en 800) se basó en la fuerza militar y la capacidad cultural. La reforma de la escritura (con la introducción de la minúscula carolina), la revisión de la Biblia y la enseñanza de la gramática fueron los puntos fuertes de esa renovación cultural que en parte sobrevivió a la descomposición política del siglo X. Fue asegurada por los hombres cultos procedentes de todos los países cristianos (irlandeses, anglosajones, españoles, italianos, y más tarde francos y sajones).

A continuación tuvo lugar, en efecto, el renacimiento del siglo XII, consagrado por un libro que se convirtió en un hito, *The Renaissance of the 12th Century*, del medievalista norteamericano Charles Homer Haskins.<sup>4</sup> Su tesis ha sido confirmada por la mayoría de los estudios ulteriores sobre ese mismo período. El siglo XII experimentó un renacimiento intelectual y también un movimiento de renovación social, ideológica, fundado en un gran desarrollo económico. Estoy de acuerdo en eso. Este desarrollo cultural se integró en la prosperidad general de la sociedad.

L'HISTOIRE: ¿Cuáles serían las características de la «verdadera» y larga Edad Media para un historiador de finales del siglo XX?

JACQUES LE GOFF: La Edad Media conoció una gran aspiración a la naturaleza, a la paz, a la razón, y al mismo tiempo fue un período de violencia, que se manifestó especialmente en la presencia endémica de la guerra, si bien la guerra en esta época, aunque entrañaba mucha destrucción e infortunio, no producía muchos muertos y estaba sometida a reglamentación: los hombres, los teóricos de la época se refieren casi constantemente a la concepción de san Agustín de no autorizar sino las guerras justas, es decir, las que se emprenden contra los infieles o contra los cristianos injustos; el príncipe es el único cualificado para declarar o detener la guerra, lo que además facilitó la construcción del Estado mo-

4. Charles Homer Haskins, *The Renaissance of the 12th century*, Harvard University Press, 1927, reeditado en Nueva York, Meridian Books, 1957.

derno a partir de siglo XIII; por último, incluso en la guerra justa Agustín recomendaba mostrar misericordia con el enemigo.

L'HISTOIRE: Era un ideal.

JACQUES LE GOFF: Sí, y era ya algo muy positivo haber definido un ideal y asumir la tarea de alcanzarlo. La Iglesia tenía que transmitirlo y no siempre lo consiguió, pero en su conjunto se esforzó en cumplir esa misión.

Por otra parte, todo esto reforzó el poder supremo de la Iglesia, es decir, el papado: el papado que desencadenó, pero también reguló, las cruzadas y que, en la larga guerra, de más de cien años, que enfrentó a Francia e Inglaterra entre el siglo XII y el XV, trató de establecer treguas duraderas y respetadas entre los beligerantes a falta de alcanzar la paz.

Le recuerdo que en el siglo XII los reyes ingleses, normandos y más tarde los Plantagenet, quisieron reunir, bajo la corona inglesa, el conjunto de países de los que eran señores a ambos lados de la Mancha. El propósito francés de anexionar soberanamente a la corona francesa las posesiones inglesas en el continente se opuso a la empresa inglesa. El choque de ambas voluntades no tuvo otra salida que la guerra, en el transcurso de la que germinó en ambos bandos un sentimiento pre nacional. La diferencia en las costumbres sucesorias (los franceses excluían de hecho, y luego por derecho, a las mujeres de la sucesión al trono) agravó el conflicto.

Las estructuras y los sentimientos «modernos» que la guerra engendró sustituyeron finalmente los esfuerzos del papado por atenuar el conflicto según el uso de las tradiciones de la cristiandad, basadas en la coexistencia no conflictiva de los reinos cristianos. El interés de los adversarios también era, a menudo, el de la concordia.

Mi Edad Media, por tanto, consiste en esto: una larga fase de la historia, un período de elaboración y construcción del mundo moderno que, en el siglo XX, ha abandonado la relativa moderación de aquella en la guerra. La Edad Media es nuestra juventud; tal vez sea nuestra infancia.

L'HISTOIRE: A propósito, usted ha citado, en *Pour un autre Moyen Âge*, esta sorprendente frase de Michelet, que definía la Edad Media como «la que nos amamantó de pequeños, la que fue nuestro padre y nuestra madre, la que nos cantaba dulcemente en la cuna». ¿Comparte esta nostalgia lancinante? ¿La Edad Media sería, para el medievalista, el tiempo sagrado y perdido de los orígenes?

JACQUES LE GOFF: ¡No, se lo aseguro! Por mi parte no hay ninguna nostalgia. La historia evoluciona, sigue su curso, no necesariamente mejorando: no profeso la ingenua religión de un progreso lineal, creo que hemos de vivir conforme al devenir histórico y que debemos intentar, en nuestro lugar y con nuestros limitados medios, dejar una huella positiva en esta evolución. Ahora bien, vuelvo a repetirlo, no me asalta ninguna tentación de volver atrás. Y no me engaño sobre lo penoso que era vivir en la Edad Media. En su conjunto, ya se trate del trabajo, la técnica, de la enfermedad y la medicina o de la mentalidad, se puede definir la Edad Media como un período evidentemente arcaico.

L'HISTOIRE: Entendemos lo que quiere decir cuando hace referencia a las dimensiones materiales de la existencia. Pero ¿en qué sentido era arcaica la mentalidad medieval?

JACQUES LE GOFF: ¡He aquí el asunto! Éste es, desde luego, el punto más delicado. Podría decirle que los hombres y mujeres de la Edad Media se dejaban tentar más por lo irracional, por el miedo a la muerte y el fin del mundo. Pero, pensándolo bien, si observamos lo que ocurre a nuestro alrededor...

Finalmente, lo que resulta determinante en la Edad Media es el influjo de un pensamiento religioso. La Biblia sigue siendo el texto de referencia que explica el universo y la sociedad y regula el comportamiento cultural, político y social. Lo que llamamos «economía» se reduce a principios religiosos y morales que camuflan la creciente autonomía de este ámbito de actividad. Se persigue el objetivo del precio justo y una moneda fuerte. La monarquía cristiana es una institución sagrada y el rey es, ante todo, el defensor de la fe. El santo, que se reconoce cada vez más en sus virtudes antes que en los milagros, es el modelo humano superior, aun cuando aparecen modelos más o menos laicos: el valiente, el hombre virtuoso.

Creo que la gran diferencia entre la mentalidad medieval y la mentalidad moderna consiste en la ausencia, en la Edad Media, de un sentimiento (y unas prácticas) de laicismo, aunque la distinción entre clérigos y laicos es fundamental, pero también religiosa.

L'HISTOIRE: No obstante, el pensamiento religioso no es forzosamente irracional: se puede hacer un uso ponderado, humanista, de la religión. Y, como contrapartida, a menudo tenemos la impresión de que nuestro fin de siglo privilegia un uso fanático, oscurantista...

JACQUES LE GOFF: Creo que, en efecto, la razón ha penetrado en todas las grandes religiones, pero que desgraciadamente han persistido movimientos religiosos completamente irracionales. La eclosión de las sectas y la posibilidad de expresar con mayor libertad un cierto integrismo religioso alimentado por la irracionalidad es un fenómeno típico de nuestra época.

Evidentemente, la pregunta es ésta: ¿acaso esas gentes no son más fanáticas que los fanáticos de la Edad Media? Tal vez sí: esta voluntad de aplicar íntegramente, al pie de la letra, los textos sagrados, me parece que nunca aconteció en la Edad Media, al menos no de esta manera.

L'HISTOIRE: ¿Qué quiere decir «no de esta manera»?

JACQUES LE GOFF: En la actualidad, este integrismo, en lo que atañe al cristianismo, se basa en la Biblia en su conjunto, incluido el Antiguo Testamento (y sobre todo el Antiguo Testamento); en la Edad Media, cuando se manifestaba, era un integrismo del Evangelio, y el Evangelio defiende ante todo valores como la pobreza y la fraternidad, cuyo más bello ejemplo es Francisco de Asís.

En la Edad Media, el fanatismo religioso consistía sencillamente en retomar la *vita vere apostolica*, la «verdadera vida apostólica»; podemos estar de acuerdo en que era reaccionario, pero una reacción contra las derivas de la sociedad.

L'HISTOIRE: ¿Y coercitivo?

JACQUES LE GOFF: No, en absoluto; además, muy a menudo esos nuevos adeptos fueron perseguidos, acusados de herejía.

L'HISTOIRE: ¿Y en el terreno político? ¿Cómo entrar en la mentalidad de los hombres de la Edad Media? ¿Cómo veían al rey y a la nación?

JACQUES LE GOFF: Repito que, en mi opinión, en la Edad Media no había naciones ni espíritu nacional. Algunos historiadores han hablado de sentimiento nacional en este período, pero creo que se trata de exageraciones, de excesos y abusos del lenguaje.

Lo que existe en la Edad Media es el sentimiento patriótico, dinástico. En Juana de Arco alienta la adhesión a varias patrias, la pequeña patria nacional y la gran patria del Estado en construcción. Por otro lado, este apego se encarna siempre en una dinastía. Los grandes enfrentamientos entre Capetos y Plantagenet, partidarios de Pedro de Castilla y Enrique de Trastámara en la España del siglo XIV, gascones y

borgoñones, Lancaster y York (guerra de las Dos Rosas) se basaban en fidelidades dinásticas opuestas.

L'HISTOIRE: Tratar de representar o aprehender lo que era la mentalidad de un hombre de la Edad Media parece una empresa extremadamente ambiciosa. ¿Acaso en este ámbito el historiador no extrapola, imagina e interpreta?

JACQUES LE GOFF: Es una pregunta que todos nos hemos planteado tarde o temprano. Yo me la planteé especialmente cuando escribía mi san Luis. No sé si es desilusión o prudencia, pero en todo caso desde hace un tiempo me alejo un poco de esa idea comodín y borrosa de la «mentalidad». He escrito y sigo pensando que esa imprecisión ha sido muy útil porque ha desplazado esquemas de descripción y explicación demasiado rígidos: ha permitido introducir grandes matices en la historia de las ideas.

Lo que se trata de estudiar aquí es cómo toman forma, en el espíritu y los comportamientos del hombre común, las ideas y los conceptos que sólo los intelectuales o las categorías sociales más elevadas pueden manejar. Hay que tratar de aprehender las estructuras y contenidos del pensamiento de los hombres y mujeres del pasado. Pienso que podemos lograrlo si intentamos una historia de los valores.<sup>5</sup>

L'HISTOIRE: ¿Cuáles serían los valores característicos de la Edad Media?

JACQUES LE GOFF: Sobre todo la fidelidad, la jerarquía y el honor.

L'HISTOIRE: ¿Cree que son estructurantes?

JACQUES LE GOFF: Sí. Son valores que, refractados según el nivel cultural de cada categoría, se encuentran, más o menos vivaces y explícitos, atravesando toda la jerarquía social. La fidelidad se desarrolla en el marco feudal de las relaciones señor-vasallo. En cuanto a la jerarquía, aparte de la jerarquía eclesiástica muy estricta (sacerdotes, canónigos, obispos, arzobispos, cardenales, el papa), superpone el señor feudal (señor del señor) al simple señor (la idea de soberanía vinculada a la construcción del Estado apareció lentamente).

5. Sobre la historia de los valores véase el artículo «Du ciel sur la terre: la mutation des valeurs du XX<sup>e</sup> au XIII<sup>e</sup> siècle dans l'Occident chrétien», en *Héros du Moyen Âge, le Saint et le Roi*, París, Gallimard, «Quarto», 2004, págs. 1.263-1.287.



Por último, el honor inspira por ejemplo a Juan II el Bueno, prisionero bajo juramento en Londres, liberado a cambio de rehenes y que regresa voluntariamente a su prisión cuando escapa el duque de Anjou, uno de esos rehenes. Estos diferentes sentimientos se combinan de un modo complejo en los protagonistas de la guerra de los Cien Años.<sup>6</sup>

L'HISTOIRE: Después de la Edad Media, el medievalista... Usted ha hecho escuela. Pero ¿de quién es heredero usted mismo? ¿Y qué es lo que le incitó a apasionarse por la Edad Media?

JACQUES LE GOFF: Desde muy pronto quise enseñar, quizá porque mi padre era profesor de inglés. En mi caso, mi pasión era la historia; ¿por qué? No sabría decirlo. Sólo puedo decir que cristalizó en 8º, cuando tenía trece años; creo que fue en 1936: tuve un maravilloso profesor de historia, Henri Michel, el gran especialista de la Segunda Guerra Mundial, en el curso en que la Edad Media estaba en el programa; ese mismo año, por recomendación de mi padre, leí *Ivanhoe*, de Walter Scott. De este modo acabé 8º con una vocación de medievalista.

L'HISTOIRE: ¿Qué es lo que le gustó de *Ivanhoe*?

JACQUES LE GOFF: Creo poder decir sin jactarme que, al margen de las cualidades literarias del libro, de lo novelesco, me gustó el trasfondo político: sajones, normandos, un enfrentamiento de pueblos que conferiría un sentido a la historia; y luego la presencia más bien simpática de los judíos, la importancia de la monarquía, con ese gran tema medieval del buen y el mal rey —Ricardo Corazón de León y Juan sin Tierra—, y también la vida, los colores, los lugares, el mercado, el torneo...

Cuando llegué a París tras la guerra, como era un apasionado del cine, me sedujeron los filmes hollywoodienses basados en obras de Walter Scott: son películas magníficas.

L'HISTOIRE: Tras ese descubrimiento un tanto afectivo y estético del período, ¿tuvo maestros del pensamiento que le indicaran cómo había que trabajar la Edad Media?

6. Hoy diría que esos valores son ante todo aristocráticos. Véase Georges Duly, «The Diffusion of Cultural Patterns in Feudal Society», en *Past and Present*, n° 39, 1968, págs. 1-8, reeditado en *La Société chevaleresque*, en Georges Duly, *Qu'est-ce que la société féodale?*, París, Flammarion, Mille et une Pages, 2002, págs. 1.197-1.205. También «L'histoire des systèmes de valeurs», en *L'Historien entre ethnologue et futurologue* (coloquio de Venecia, 1971), Mouton, 1972, págs. 251-263.

JACQUES LE GOFF: Tuve maestros, pero muy tarde: una de mis grandes desilusiones fue comprender cómo era, salvo raras excepciones, la enseñanza en la Sorbona en los años 1945-1950: una abstracción y una erudición completamente estériles.

Afortunadamente, en 1950, cuando superé las oposiciones, habían nombrado presidente del tribunal a Fernand Braudel, que procedía de la incendiaria y reciente sección VI de la *École pratique des hautes études* (ciencias económicas y sociales), había sido elegido para un puesto en el Collège de Francia, donde Lucien Febvre acababa de jubilarse. Él mismo había recurrido, para la Edad Media, a un historiador extraordinario, Maurice Lombard, que me fascinó profundamente. Maurice Lombard aportaba una gran visión de la historia, la concepción fundamental de que la historia está relacionada con el espacio, que la historia transcurre en emplazamientos y territorios, a lo largo de los caminos, concentrándose en determinados puntos nodales como la ciudad o el castillo... Y el hombre era maravilloso.

Más tarde leí los libros de alguien a quien desgraciadamente no conocí, pero que siempre ha sido mi modelo y referencia: Marc Bloch.

L'HISTOIRE: Cuando empezó a leerlo...

JACQUES LE GOFF: Fue una sorpresa, una conmoción. Yo estaba en la Escuela Normal y mis maestros se burlaban si delante de ellos se pronunciaba el nombre de los *Annales*. De pronto aprendí que era posible imaginar una historia global, una historia total, una historia de las mentalidades. Y todo ello de un modo muy concreto: leyendo a Marc Bloch comprendí cómo se cultivaban los campos, el campo abierto y la floresta, y cómo las técnicas acompañaron a las mutaciones de la economía rural, y el modo en que las relaciones de hombre a hombre, fundamento del feudalismo, iban mucho más allá de las simples consideraciones jurídicas... Además, en Bloch existía la preocupación, que gloriosamente encarnó en su propia vida, de efectuar siempre una oscilación entre la historia del pasado y la historia del presente, lo que para mí es una actitud fundamental.

Por último, descubrí muy tarde la gran obra maestra de Marc Bloch, su libro más pionero, *Les Rois thaumaturges*, escrito en 1924, un estudio a un tiempo ideológico, político y muy material: realmente es una especie de aventura, de epopeya del cuerpo, con un extraordinario análisis de la imposición de manos en las escrófulas, rito constitutivo de la monarquía francesa.

A partir del siglo XI, los reyes capetos intentaron difundir la idea de que habían recibido de Dios el don milagroso de curar a hombres y mujeres enfermos de escrófulas, una inflamación de las glándulas procedente de la adenitis tuberculosa, mediante la imposición de manos en las partes heridas. Este don fue definitivamente reconocido en el siglo XIII, y los reyes de Francia, desde san Luis a Luis XVI, curaron las escrófulas de este modo (Carlos X trató de avivar la costumbre milagrosa). Este gesto asimiló a los reyes de Francia con los hacedores de milagros, los convirtió en reyes taumaturgos. Esa santidad vinculada a la función era en realidad una sacralización. La legitimidad y el prestigio de los reyes encontraban en esta virtud un fundamento definitivo.

Marc Bloch puso así de relieve el hecho de que un gesto sagrado era capaz de conferir un estatus extraordinario a los monarcas, que encontraban en él la legitimación de su título de *rex christianissimus*, rey muy cristiano. Esta tesis unánimemente aceptada por los historiadores definió a partir de 1942 las nuevas orientaciones de la historia política.

Al lado del nacimiento, del derecho, de los rituales religiosos ordinarios (coronación de los reyes, a la que se vinculaba la imposición de manos en las escrófulas), la creencia en un poder encarnado en un gesto que atestiguaba la naturaleza sagrada del rey se convirtió en un fenómeno importante que escapaba a la historia «positivista». El libro de Marc Bloch apelaba a una renovación fundamental de la historia tradicional, a su sustitución por una antropología histórica. Lo simbólico —como pronto las mentalidades, avatares de las creencias— se convirtió en un elemento necesario de lo político.

Fue una verdadera revolución para la historia política: en la actualidad, la política aún se comprende a través de lo simbólico, del ceremonial. ¿Cómo comprender el comunismo soviético sin entender su ritualismo?

L'HISTOIRE: Ya que estamos en el comunismo, y puesto que usted nos habla de la preocupación, compartida con Marc Bloch, de establecer un vínculo entre el pasado y el presente, ¿cómo explica su apego a Europa del Este? ¿Nutre de algún modo su trabajo de historiador? Y a cambio, ¿se nutren estos países de su trabajo?

JACQUES LE GOFF: Ante todo, este apego obedece a razones muy personales: realicé mi primer trabajo de investigación en Praga, en el momento de los abusos de autoridad soviéticos, en el invierno de 1947-1948. Después está Polonia, que para mí es una segunda patria. Mi primera estancia allí se remonta a 1959: me envió Fernand Braudel para tra-

bar relación con los historiadores polacos; conocí a mi gran amigo Bronislav Geremek, y a mi mujer, con la que me casé en Varsovia en 1962.

Recordemos que Bronislav Geremek ha sido, primero desde una perspectiva marxista y luego en un contexto menos ideológico, el gran historiador de los excluidos de la sociedad medieval. Publicó su primer libro sobre los trabajadores en el artesanado parisino en los siglos XIII-XV, luego un resumen sobre los marginados parisinos de ese mismo período y por último otro gran trabajo, *La Potence ou la Pitié. L'Europe et les pauvres du Moyen Âge à nos jours*.<sup>7</sup>

En su método histórico combinó la historia económica y social, la historia de las ideologías, la historia de las mentalidades y sensibilidades y la historia de la cultura. Rompió definitivamente con el comunismo en 1968, se convirtió en uno de los principales opositores al régimen, ha sido uno de los principales inspiradores del movimiento Solidaridad, el primer consejero de Lech Walesa y uno de los grandes artesanos de los compromisos entre Jaruzelski y la oposición en 1989. En la actualidad es ministro de Asuntos Exteriores en Polonia, un ministro que no olvida que es historiador y que la historia medieval puede arrojar luz en el devenir y los acontecimientos contemporáneos.

Al margen de estos vínculos personales, si quiere circunstanciales, siento una cierta atracción por el mundo eslavo, que me parece uno de los componentes más interesantes de Europa. Ahora bien, me anima lo que casi definiría como un proselitismo a favor de la unidad europea... No concibo cómo puede imaginarse construir Europa sin estos países del Este.

L'HISTOIRE: Recientemente ha concluido su biografía sobre san Luis. ¿Cuál será su próxima obra?

JACQUES LE GOFF: Aparte de un diccionario razonado del Occidente medieval,<sup>8</sup> preparo una obra que será mi Edad Media en imágenes,

7. B. Geremek, *Le Salarial dans l'artisanat parisien aux XIII<sup>e</sup>-XV<sup>e</sup> siècles*, París/La Haya, Mouton, 1968; *Les Marginaux parisiens aux XIII<sup>e</sup>-XV<sup>e</sup> siècles*, París, Flammarion, 1976; *La Potence ou la Pitié. L'Europe et les pauvres du Moyen Âge à nos jours*, París, Gallimard, 1987 (trad. cast.: *La piedad y la borca: historia de la miseria y la caridad en Europa*, Madrid, Alianza, 1998). Recientemente, B. Geremek ha dirigido un obra colectiva, *La Culture polonaise du Moyen Âge (XIV<sup>e</sup>-XV<sup>e</sup> siècles)*, Varsovia, Éditions de l'Institut d'histoire de l'Academie polonaise des sciences, 1997.

8. En colaboración con Jean-Claude Schmitt, *Dictionnaire raisonné de l'Occident médiéval*, París, Fayard, 1999 (trad. cast.: *Diccionario razonado del Occidente medieval*, Madrid, Akal, 2003).

formada por doscientas reproducciones procedentes de tarjetas postales de mi colección, ordenadas según un cierto número de temas y acompañadas de un comentario.<sup>9</sup>

Por último, publicaré un texto del que ya he hablado en el san Luis: un *ordo*, es decir, una descripción del ceremonial de la coronación de los reyes de Francia en Reims, que data de mediados del siglo XIII y probablemente se destinaba a san Luis. La edición comentada de este documento excepcional —una serie de dieciocho miniaturas que muestran las diferentes etapas de la coronación y que esperamos se puedan reproducir en facsímil— será obra de Éric Palazzo, especialista en iconografía y liturgia; Jean Claude Bonne, historiador del arte; y yo mismo, que sobre todo trataré la ideología política que expresan el ritual y las miniaturas.

Se trata de un verdadero espejo de príncipes en imágenes, al mismo tiempo que la ilustración de un rito de paso: la relación entre el rey y Dios, el rey y el clero, juramentos que convierten al rey en un verdadero rey contractual; utilización del espacio y la arquitectura; relación entre la armadura caballeresca, la coronación y la consagración; entrega de las insignias reales, las *regalia*; personajes presentes; significación de los gestos, movimientos y desplazamientos; uso del color...<sup>10</sup>

L'HISTOIRE: Este mes publica un libro sobre san Francisco de Asís. Después de san Luis, san Francisco... ¿Es otra biografía?

JACQUES LE GOFF: Con san Luis se burlaron mucho de mí: ¡míralo escribiendo una biografía! Escribir una biografía de san Francisco es una idea que se remonta a a la década de 1960. De un modo general, esta empresa, tal como señalo en el prefacio de san Luis, se sitúa en la línea de la evolución fundamental del movimiento de los *Annales*, que consiste en interesarse por objetos globales, es decir, que permitan aprehender el conjunto de un período y de sus problemas. ¿Qué hay más global que un individuo? Especialmente si es un individuo de una cierta importancia, de una cierta influencia social.

9. La obra se publicó en Hazan en 2000, con el título *Un Moyen Âge en images*.

10. El texto y sus ilustraciones se han estudiado en el ámbito del grupo Images du Groupe d'Anthropologie historique de l'Occident médiéval (GAHOM), que dirige Jean-Claude Schmitt en la École des hautes études en sciences sociales. La obra fue publicada, con la colaboración de Marie-Nöel Colette para la música, en la colección «Le temps des images» de Gallimard en 2001, con el título *Le sacre royal à l'époque de Saint Louis*.

Además, interesarse por un individuo es tener en cuenta su existencia física, y ya le he dicho lo importante que es para mí la presencia del cuerpo. Resulta que ambos personajes padecían graves enfermedades; no los escogí por eso, pero es una realidad. Francisco, desde su juventud hasta su muerte, sufrió dos enfermedades: una dolencia de los ojos (al final de su vida estaba casi ciego) y afecciones recurrentes del sistema digestivo. Por su parte, Luis padeció enfermedades crónicas: erisipela<sup>11</sup> reiterada en la pierna derecha y paludismo, conocido entonces como «fiebres tercianas»; y enfermedades ocasionales: la disentería tras la campaña contra los ingleses en el Oeste francés en 1242, y, durante la cruzada en Egipto, «la enfermedad de la hueste» (es decir, el escorbuto) y el tifus, que lo llevó a Cartago en la segunda cruzada. Por otro lado, las prácticas ascéticas, aun relativamente moderadas, a que se entregaron ambos santos agravaron su mal estado de salud. El cuerpo está muy presente en los textos que hablan de ellos y desempeña un destacado papel en su mentalidad y espiritualidad: ambos expresan a un tiempo un cierto desprecio del cuerpo (mediante la ascesis) y un gran respeto hacia él —en el Cántico del Sol, san Francisco habla de su «cuerpo fraterno».<sup>12</sup>

Por lo tanto, sí, soy un biógrafo confeso, si se trata de escribir la biografía de un personaje que hizo gravitar la sociedad de su tiempo alrededor de su persona y encarna, exagerándolos, sus rasgos profundos.

(Entrevista realizada por Véronique Sales)

11. Enfermedad infecciosa contagiosa de la piel, caracterizada por una costra roja, dolorosa, rodeada de un anillo tumefacto.

12. Recientemente he publicado, junto a Nicolas Truong, un ensayo titulado *Une histoire du corps au Moyen Âge*, París, Liana Levi, 2003 (trad. cast.: *Una historia del cuerpo en la Edad Media*, Barcelona, Paidós, 2005).